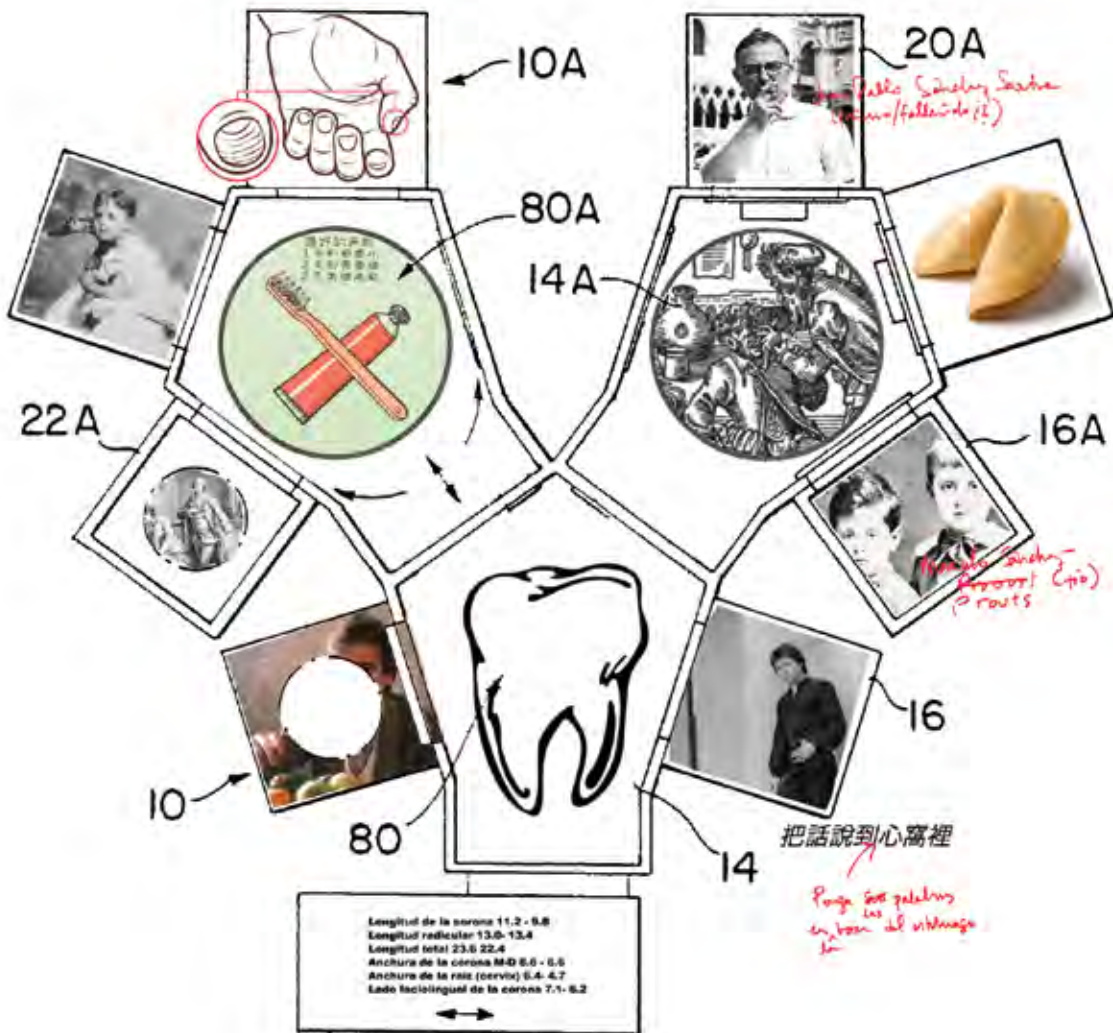


La historia de mis dientes

VALERIA LUISELLI



La historia de mis dientes

VALERIA LUISELLI

ILUSTRACIONES DE DANIELA FRANCO



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Este libro se realizó con apoyo del Estímulo a la Producción de Libros derivado
del artículo transitorio Cuadragésimo segundo del Presupuesto de Egresos de la
Federación 2012.



Copyright © Valeria Luiselli, 2013

Primera edición en Sexto Piso España: 2014

Ilustración de portada y diseño de portadillas
DANIELA FRANCO

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2014
París #35-A
Colonia Del Carmen,
Coyoacán, C.P. 04100, México, D.F.

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-15601-61-6
Depósito legal: M-7038-2014

Impreso en España

ÍNDICE

Libro I	
Principio	
Medio	
Fin	15
Libro II	
Parabólicas	39
Libro III	
Hiperbólicas	67
Libro IV	
Elípticas	87
Libro V	
Alegóricas	
(Notas para un paseo de epígonos)	103
Libro VI	
Paseo Circular	135
Agradecimientos	157

La istoria de
mis ientes

UNA NOVELA EN SEIS ENTREGAS ESCRITA POR

Valeria Luiselli

Que contiene las

PARABÓLICAS, HIPERBÓLICAS, ELÍPTICAS,
ALEGÓRICAS Y PERAMBULACIONES
CIRCULARES E HISTORIA DE VIDA DE
GUSTAVO SÁNCHEZ SÁNCHEZ CARRETERA.

Editada por Sexto Piso

CON ILUSTRACIONES DE

daniela franco

MÉXICO, D.F.
MMXIII

Para Álvaro y los tres García

Vendrá la muerte y tendrá tus dientes.

Anónimo

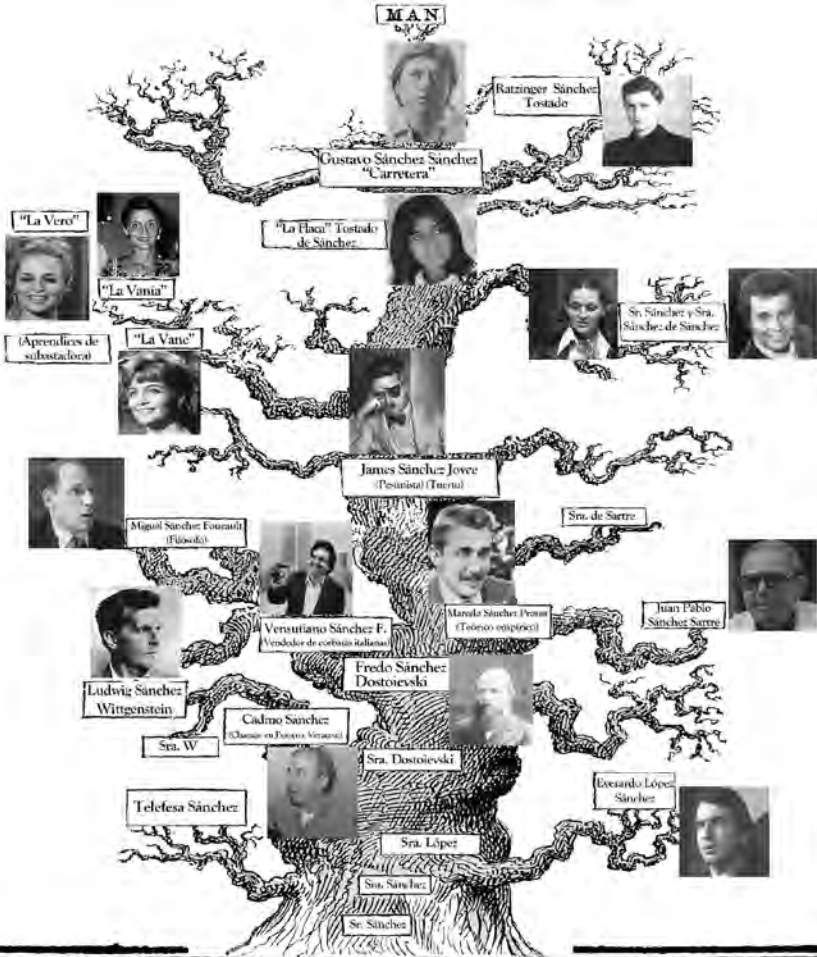
But I am still around. I'll always be around...
and around and around and around and around.


Johnny Cash, «Highwayman»



Libro I

Principio Medio Fin



 在一個人的頭上的每一個齒比鑽石更有價值。

[Cada diente en la cabeza de un hombre
es más valioso que un diamante.]

Soy el mejor cantador de subastas del mundo. Pero nadie lo sabe porque soy un hombre comedido. Me llamo Gustavo Sánchez Sánchez y me dicen, yo creo que de cariño, Carretera.

Puedo imitar a Janis Joplin después de dos cubas. Sé interpretar galletas de la suerte. Puedo parar un huevo de gallina sobre una mesa, como hacía Cristóbal Colón. Sé contar hasta ocho en japonés: ichi, ni, san, shi, ko, loko, sichi, hachi. Sé nadar de muertito.

Ésta es la historia de mis dientes. Es mi carta familiar a la posteridad, mi ensayo sobre los coleccionables y el reciclaje radical. Primero vienen el Principio, el Medio y el Fin, como en cualquier historia. Ya luego vienen las Parabólicas, Hiperbólicas, Elípticas, y todo lo demás. Y después de eso no sé qué viene. Posiblemente la ignominia, la muerte, y más tarde, la fama post mortem; pero de eso ya no me va a tocar decir nada en primera persona.

*

Hay hombres con suerte y hay hombres con carisma. Yo tengo un poco de los dos. Mi tío Venustiano Sánchez Fuentes, vendedor de corbatas de calidad italiana, decía que la inteligencia y la belleza se gastan, y que son una carga pesada para quienes las poseen porque perderlas es la más triste y lenta de las muertes en vida. A mí no me afligen esa clase de preocupaciones porque nunca tuve cualidades efímeras. Carretera sólo tiene de las permanentes. De mi tío Venustiano heredé precisamente el carisma y también una corbata elegante, que es lo único que se necesita en esta vida para volverse un hombre de pedigrí.

*

Nací con cuatro dientes prematuros y el cuerpo enteramente cubierto de una capa muy fina de vello negro. Pero yo de eso estoy agradecido, porque la fealdad, como decía mi otro tío, Everardo López Sánchez, forja carácter. Mi padre pensó al verme que a su verdadero hijo se lo había llevado la recién parida del cuarto de al lado. Trató por varios medios —chantaje, intimidación, burocracia— de devolverme a la enfermera que me entregó. Pero mamá me recibió en brazos desde que me vio: rojo, hinchado y diminuto, estremeciéndome como almeja de agua clara en mi cobija de hospital. Mamá estaba entrenada para asumir la porquería como destino. Papá no.

La enfermera le explicó a mis padres que mis cuatro dientes eran una condición rara en nuestro país, pero no poco común entre otras razas. Se llamaba Dentición Prenatal Congénita.

¿Y por ejemplo qué razas?, preguntó mi padre a la defensiva.

Concretamente los caucásicos, señor, dijo la enfermera.

Pero si este niño es prieto como el petróleo, replicó él.

La genética es una ciencia llena de dioses, señor Sánchez.

Esto último debió consolar un poco a mi padre, que finalmente se resignó a llevarme en brazos hasta nuestra casa, envuelto como tamal en una cobija gruesa de franela sueca.

*

Mamá lavaba ajeno. Papá no se lavaba solo ni las uñas. Las tenía recias, ásperas, negras. Se las cortaba con los dientes. No por ansioso; yo creo que por holgazán y prepotente. Mientras yo hacía la tarea en la mesa, él se las estudiaba en silencio frente al ventilador, tirado en el sillón de terciopelo verde que mamá heredó de Julio Cortázar, nuestro vecino del 4^ºA que murió de tétanos. Cuando los hijos del señor Cortázar vinieron a llevarse sus pertenencias, nos dejaron a su guacamaya —Criterio,

que a su vez murió de tristeza a las pocas semanas—, así como el sillón de terciopelo verde donde Papá se empezó a arrellanar todas las tardes. Abismado, estudiaba las constelaciones de humedad del cielo raso, escuchaba Radio Educación, y se arrancaba las uñas; dedo por dedo.

Empezaba con la del meñique. Prensaba una esquina entre el diente incisivo central superior y el inferior, desprendía apenas una astilla, y de un solo jalón tiraba la medialuna de uña colgante que le sobraba. Después de arrancársela, la entretenía unos instantes en la boca, hacía un taquito con la lengua, y soplaba: la uña salía disparada y caía encima de mi cuaderno de tareas. Los perros ladraban afuera en la calle. Yo la miraba, muerta y mugrosa, a unos milímetros de la punta de mi lápiz. Entonces dibujaba un círculo alrededor de ella y seguía haciendo las planas, cuidando de no escribir encima del círculo que había trazado. Iban cayendo uñas del cielo sobre mi cuaderno Scribe de raya ancha, como meteoritos propulsados por el aire del ventilador: anular, medio, índice, y pulgar. Y luego la otra mano. Yo iba acomodando las letras de la plana para rodear los pequeños cráteres circunferenciados que iban dejando sobre la página las inmundicias voladoras de papá. Cuando terminaba la plana, reunía las uñas en un cerrito y las guardaba en el bolsillo de mi pantalón. Luego, en mi cuarto, las metía en un sobre de papel que tenía debajo de mi almohada. Mi colección llegó a ser tan grande que a lo largo de mi infancia llené varios sobres. Fin de recuerdo.

*

Papá ya no tiene dientes. Ni uñas, ni cara: lo cremaron hace dos años y por petición suya fuimos mamá y yo a depositar las cenizas a la bahía de Acapulco.

A mamá la enterré junto a sus hermanas y hermanos en la ciudad de Pachuca, la Bella Airosa, un año después de eso. Voy una vez al mes a verla, de preferencia en domingo. Casi siempre está lloviendo y casi no sopla el aire en Pachuca.

Nunca llego hasta el cementerio a ver a mamá, porque soy alérgico al polen y en los cementerios hay muchas flores. Me bajo del autobús no muy lejos de ahí, en un hermoso camellón adornado con esculturas de dinosaurios tamaño real. Ahí me quedo parado, entre las mansas bestias de fibra de vidrio, casi siempre mojándome, rezando padrenuestros, hasta que se me hinchan los pies y me canso. Luego vuelvo a cruzar la calle cuidando de saltar los charcos, redondos como los cráteres de mis cuadernos de niño, y espero el autobús que me lleva de vuelta a la estación.

*

El primer trabajo que tuve fue en el puesto de periódicos de Rubén Darío, en la esquina de la calle Aceites con la calle Metales. Tenía ocho años y ya se me habían caído todos los dientes de leche. Los habían reemplazado otros, anchos como paletones, cada uno apuntando en una dirección distinta.

La esposa de Rubén Darío, Azul, tenía un ligero retraso mental. No era fea pero tenía cara de simple y risa de simple. Fue mi primera amiga, aunque me llevara más de veinte años. Rubén Darío la tenía encerrada en la casa. Me mandaba a las once de la mañana con un juego de llaves para ver qué estaba haciendo Azul, y para preguntarle si no se le ofrecía nada de la calle.

Azul casi siempre estaba echada en la cama en paños menores, con el Sr. Unamuno frotándosele encima. El Sr. Unamuno era un viejo baboso que tenía un programa en Radio Educación. El programa empezaba siempre igual: «Con ustedes, Unamuno: modestamente deprimido, simpáticamente ecléctico, sentimentalmente de izquierda». Pendejo.

Cuando yo entraba al cuarto, el Sr. Unamuno se levantaba de un solo brinco, se fajaba la camisa usualmente manchada de café o de salsa —verde, macha, roja— y se abrochaba con torpeza el pantalón. Yo mientras tanto miraba al suelo y a veces, de reojo, a Azul, que seguía acostada en la cama, mirando el techo,

paseándose las yemas de los dedos por el vientre semidescubierto. Ya vestido y con los lentes puestos, Unamuno venía y me daba un zape en la frente con la palma de la mano.

¿No te enseñaron a tocar la puerta, Cucaracha?

Azul me defendía: Se llama Carretera y es mi amigo. Y luego soltaba una carcajada a la vez honda y simple, sus colmillos desconcertantemente largos y achatados en las puntas.

Cuando el Sr. Unamuno por fin se escabullía, lleno de ansiedad y culpa, por la puerta trasera, Azul se echaba encima la sábana, como capa de superhéroe, y me invitaba a sentarme en la cama. Vamos a jugar billar de bolsillo, mira, ven para acá. Cuando terminábamos, me regalaba un pedazo de pan y un agua en bolsa con popote, y me mandaba de vuelta al puesto de periódicos. De camino, yo me acababa el agua y me guardaba el popote en el bolsillo del pantalón, para luego. Llegué a tener más de diez mil popotes, palabra de honor.

¿Qué estaba haciendo Azul?, me preguntaba Rubén Darío cuando volvía al puesto.

Yo la cubría, detallando alguna actividad inocente:

Estaba nomás tratando de ensartar un hilo en una aguja para remendar el ropón de bautizo del hijo de su prima segunda.

¿Qué prima?

No dijo.

Ha de ser la Sandra; o la Berta. Acá está tu propina y ya te me vas yendo a la escuela. Fin de recuerdo.

*

Cursé la primaria, la secundaria, la preparatoria y pasé desapercibido y con buenas calificaciones porque soy de los que nunca hacen olas. No abría la boca ni cuando llamaban mi nombre al pasar lista, y no por miedo a que me vieran la dentadura chueca, sino por comedido.

Cuando cumplí veintiuno me dieron trabajo como guardia privado en una fábrica de jugos en Vía Morelos, yo creo que por lo mismo del comedimiento. Ahí estuve diecinueve

años. Restándole seis meses de baja por una hepatitis, tres días por una caries ominosa que culminó en una doble endodoncia molar, y las semanas que me tomé de vacaciones, estuve exactamente dieciocho años y tres meses como guardia privado en la fábrica.

Pero un día cualquiera cambió mi suerte, como dice Napoleón, el cantante. A Salvador Novo, Operador de Pasteurización, le dio un ataque de pánico mientras atendía a un mensajero de DHL, un señor repuesto, de mediana estatura. Jenny López, secretaria del Supervisor de Polímeros, nunca había presenciado un ataque de pánico, y pensó que el mensajero de tamaño mediano estaba asaltando a Salvador Novo, porque éste se había llevado las manos al cuello, se había puesto morado como una ciruela, había entornado los ojos y se había dejado caer hacia atrás, desplomado y patilánguido.

Joselito Vasconcelos, de Servicio a Clientes, me gritó que fuera a detener al mensajero de mediana estatura. Atendí la orden y enfilé hacia el presunto criminal. Con la punta de la macana le pegué en la cima de las nalgas —ni siquiera recio— y, entonces, el pobre señor se echó a llorar inconsolablemente. Mientras lo jalaba por la oreja hacia la puerta de salida le pedí, ya en tono más amable, que se identificara. Con una mano en alto, metió la libre a su bolsillo y sacó una cartera. Luego, con la otra, sacó su credencial de elector. Me llamo Manuel Maples Arce, dijo el pelmazo, sin poder sostenerme la mirada. Joselito Vasconcelos, de Servicio a Clientes, me ordenó que regresara de inmediato a atender al compañero moribundo, porque Salvador Novo seguía tirado en el piso y no podía respirar. Dejé ir al señor Maples Arce —que no se fue sino que se quedó parado ahí, llorando, diríase bañado en lágrimas— y corrí con Salvador Novo, abriéndome otra vez camino entre los curiosos con la punta de la macana. Me arrodillé junto a él, lo tomé en mis brazos y, a falta de mejor solución, me dediqué a apapacharlo en silencio hasta que salió de la crisis de pánico. Después me tocó consolar al señor Maples Arce, hasta que se recompuso él también.

Al día siguiente, el señor Octavio, gerente de la fábrica, me llamó a su oficina y me anunció que me iban a ascender de puesto.

Los guardias son de segunda categoría, me dijo en privado, y tú eres un hombre de primera categoría.

Según habían dispuesto los directivos, a partir de ese momento yo tendría una silla y un escritorio propios y mi trabajo consistiría en consolar al personal que lo requiriera.

Usted se va a dedicar al Manejo de Crisis de Personal de la empresa, me dijo el señor gerente, con esa sonrisa ligeramente siniestra de los que han ido muchas veces a un dentista.

Pasaron dos semanas, y como Salvador Novo estaba de baja temporal, en realidad no había nadie en la fábrica que requiriera consuelo. Había llegado un nuevo guardia, un gordito caimebién que se hacía llamar Hochimín y que se pasaba el día tratando de hacerle plática a la gente. Puedo jurar que cada tanto el susodicho Hochimín se extraía serosidades de la oreja, las hacía bolita entre los dedos índice y pulgar, y se las llevaba a la boca: el comedimiento es una cualidad que pocos aprecian y todos necesitan aprender. Yo lo observaba con más curiosidad que aversión desde mi nuevo escritorio. Me habían dado una silla giratoria de altura ajustable y un escritorio con un cajón donde había una colección divina de ligas y clips. Todos los días me guardaba una liga y un clip en el bolsillo del pantalón y me los llevaba a casa. Alcancé a tener una buena colección.

Pero no todo fueron pétalos de terciopelo y nubes de malvavisco, como dice Napoleón. Algunos empleados de la fábrica, en particular Joselito Vasconcelos, se empezaron a quejar de que ahora me pagaban por comerme las uñas —aunque nunca en mi vida me he llevado un solo dedo a la boca, mucho menos una uña. Algunos empleados, incluso, elucubraron una teoría según la cual Salvador Novo y yo habíamos fingido el número para que a él le dieran un mes de descanso pagado y a mí me ascendieran de puesto. Típicas patrañas y engañifas de los miserables que no pueden con la suerte de uno.

Tras una junta a la cual por supuesto no estuve convocado, don Octavio dispuso que se me mandara a tomar cursos especializados, con el fin de mantenerme ocupado, y de paso adquirir habilidades para manejar las periódicas crisis del personal de la fábrica.

*

Así empecé a viajar. Carretera se volvió un hombre de mundo. Tomé cursos y talleres a lo largo y ancho de la República y hasta del Continente. Diríase que me volví un coleccionista de cursos: Primeros Auxilios, Control de Ansiedad, Nutrición y Hábitos Alimenticios, Escucha y Comunicación Asertiva, Creatividad Administrativa, Photoshop, Nuevas Masculinidades, Programación Neurolingüística, Diversidad Sexual. Fue una época de oro. Hasta que se acabó, como todo lo bonito y bello.

El principio del final empezó con un curso que tuve que tomar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Lo impartía la hija de don Octavio, el gerente. No podía oponerme a tomar el curso ese sin poner en riesgo mi empleo. Acepté. El taller se llamaba –horror, vergüenza y desconcierto– «Danza Contact-Impro».

El primer ejercicio del taller consistió en inventar una coreografía, en parejas, con la canción de Jeanette «Porque te vas» o «Por qué te vas» –nunca he sabido si es pregunta o respuesta. Me tocó de pareja una tal Flaca, que no era bonita pero tampoco fea. La Flaca me empezó a hacer un baile al estilo de la otrora escultural y exótica artista Tongolele, mientras yo tronaba nomás los dedos tratando de seguir el ritmo tan difícil de la canción. Ella no respetaba el ritmo en absoluto. Me embarraba el cuerpo, me acariciaba el pelo, me iba desabrochando botones. Yo seguía tronando los dedos aplicadamente, sin perder el ritmo. Cuando terminó la canción, la Flaca estaba en la flor de su feminidad y yo completamente desflorado, convertido en bailarín de Danza Contact-Impro, de pie y semidesnudo en un foro de piso de parquet de la Facultad de

Filosofía y Letras, los testículos del tamaño de dos ajolotes. Fin de recuerdo.

Para salvar mi honor, no me quedó de otra que casarme con la Flaca unos meses más tarde. Etcétera, etcétera y se embarazó. Dejé mi trabajo en la fábrica de jugos porque a la Flaca le parecía que no debía desperdiciar mi natural talento como bailarín de danza contemporánea. La Flaca había llegado a novicia en un convento pero a la hora de la verdad se había arrepentido y tras un periodo de liberación y experimentos con el poliamor en un retiro ubicado en el pueblo de Tepoztlán, se había vuelto ayudante de dentista. Ella, muy moderna, me mantendría si lo de la danza no traía dinero. En una de esas, un día, me podría arreglar ella misma los dientes. Gratis. No opuse resistencia. Rentamos un departamento en la calle Farolito No. 3. Y como sucede siempre, al cabo de un tiempo más bien corto, la Flaca se volvió una Corda. Y por supuesto, nunca me cumplió lo de los dientes.

*

Por más élan que le eché y a pesar de la perfección material de mi corporalidad, no conseguí trabajo como bailarín de contemporáneo. Hice audiciones en la compañía Ícaro Caído, en Dimensión Alternativa, Raza Cósmica, y hasta en el grupo Espacio Abierto, que como indica su nombre, es muy abierto y a todo mundo acepta. Nada. Casi me aceptan en FolclorArte, pero al final se quedó con el lugar un tapón con cuerpo de lombriz, llamado, pretenciosa y ridículamente, Brandon.

Anduve un rato, a decir de Napoleón, como leña verde que no enciende y árbol que no echa raíz. Trabajé como masajista, luego como mecánico de bicicletas y luego como vendedor de helados afuera de una librería que se llamaba El Parnaso. Nada me duraba más de dos o tres semanas. Después decidí tomar un curso de profilaxis para cuando fuera a nacer mi hijo o hija. Lo tomé yo solito porque la Flaca no creía en cosas de esas. Finalmente, hasta me metí de oyente a estudiar filología

clásica en la Universidad Nacional Autónoma de México, porque siempre me habían gustado las historias de romanos y si iba a ser padre necesitaba poder contar historias de grandes héroes de la humanidad a mi hijo o hija. Yo no sé si fui buen estudiante porque nunca me entregaron calificaciones de nada, pero sirvió para leerme a los clásicos. Los leí enteritos; palabra de honor. Mi favorito hasta la fecha es Gayo Suetonio Tranquilo, a quien sigo leyendo casi todas las noches antes de dormirme.

También me puse a leer el periódico de cabo a rabo, sobre todo en los días en que me sumergía en la autocompasión que había engendrado para conmigo mismo tras los rechazos constantes del mundo de la danza. Cierta mañana, en la cafetería de la Facultad de Filosofía y Letras, leí una nota sobre un señor, un tal Samuel Pickwick, que se había rehecho la dentadura completa. Al Samuel Pickwick este le había alcanzado para esa costosa operación —trescientas mil libras esterlinas de entonces— porque había escrito un libro. ¡Un libro! Vi mi destino clarito delante de mí. Decidí ahorrar. Si ese escritor fulero se había rehecho la boca, yo me la haría también, y mejor. Recorté la nota sobre el caso y me la guardé en la cartera. La sigo trayendo siempre conmigo, de talismán.

*

El 19 de septiembre de 1985 tembló fuerte en la Ciudad de México, como había vaticinado el astrólogo de *El Economista*. También nació, en el Hospital General La Raza, Ratzinger Sánchez Tostado. Así le puso la Flaca a nuestro hijo. En ese entonces el otro Ratzinger, el famoso, todavía no era el Papa Benedicto XVI, sino sólo el Prefecto General en la Cofradía de la Fe y Presidente de la Comisión Internacional Teológica. La Flaca le tenía respeto y sobre todo miedo porque cuando había estado en el convento lo había oído dar escalofriantes sermones en la radio. Supongo que le puso Ratzinger al niño como un modo de pagarle a la iglesia lo que le debía en culpa acumulada por

haber abandonado la carrera de monja. A mí, en cambio, me gustaba el nombre Yoko, como la artista Yoko Ono, porque siempre me han gustado la cultura japonesa y los Beatles. Pero como nos salió varón tuve que aceptar la propuesta de la Flaca. En eso habíamos quedado.

Ratzinger nació bien y sin señas particulares. No diría que salió bonito, pero tampoco feo. Fin de comentario.

*

Cuando Ratzinger ya gateaba y la Flaca había salido por fin de la depresión post parto, invité a comer a nuestro departamento a Joselito Vasconcelos, el de Servicio a Clientes de la fábrica. La visita había sido incluso disfrutable, y habíamos rememorado con nostalgia los viejos tiempos, hasta que la Flaca sirvió los cafés y Joselito me contó que se había encontrado hacía unos días a Hochimín, el guardia de reemplazo que comía cerumen sebáceo en público. Lo había visto en una cantina, vestido con un traje caro y en compañía de una mujer muy atractiva.

¿Cómo le hizo?, le pregunté a Joselito Vasconcelos, disimulando la envidia que ya se me andaba atorando como hebra de queso derretido en la garganta.

Se hizo cantador de subastas, dijo.

¿Así nomás?, pregunté, pasándome con esfuerzos el café.

Joselito Vasconcelos me explicó. Al parecer los cantadores de subastas eran gente muy cotizada. Y lo mejor de todo era que cualquier persona podía aprender a hacerlo, dijo que dijo el joven Hochimín. Había que tener el don, nomás. Eso también lo había dicho el presumido ése: Hay que tener el don. Pero había cursos para aprender y perfeccionar la técnica. Cuando yo había dejado el trabajo en la fábrica, Hochimín le había pedido al gerente que le diera permiso de tomar un curso para prepararse en caso de crisis del personal, yo creo que porque quería ser como yo. Lo mandaron a uno de primeros auxilios nomás, pero Hochimín había aprovechado las horas libres que

le garantizaba el permiso para meterse a un curso de subastador en la Zona Rosa de la Ciudad de México. Un mes después, había renunciado al trabajo en la fábrica y había empezado a subastar coches en la Colonia Portales. Le iba bien. Mejor que a todos nosotros juntos, dijo Joselito Vasconcelos.

*

Al día siguiente tomé el metro y luego el camión hasta la Zona Rosa y me puse a recorrer las calles en busca de algún letrero que anunciara subastas, subastadores, o lo que fuera que tuviera alguna relación con el tema. Tras varias horas infructuosas de búsqueda y con el alma devastada por el hambre, entré en un local de comida coreana y pedí un kimchi, el platillo que venía recomendado en el menú como la especialidad de la casa.

En una esquina del local, un joven que parecía fantasma tocaba una guitarra y cantaba una canción de esas pegajosas, sobre un hombre que pierde de vista a una mujer en el metro Balderas. Me puse a hojear un periódico, tratando de torear los embates implacables de melancolía que golpean cuando uno come sus comidas a deshoras.

Ya he dicho que Carretera es un hombre con suerte. Mientras masticaba un pedazo de una verdura indistinguible, posiblemente lechuga pasada, mis ojos fueron a parar sobre un letrero escrito a mano, pegado con yúrex en una de las paredes del local. En letra bonita vi el llamado a mi destino: «El arte de subastar. Éxito asegurado. Técnica Yushimito». Mientras la mesera preparaba mi cuenta anoté la dirección en una servilleta.

*

El curso intensivo de iniciación al arte de la subasta se impartía de 3 a 9 pm todos los días durante un mes, en el cuarto trasero de Hair Karisma, una peluquería japocoreana en la calle Londres. El maestro, de origen japonés, se hacía llamar

Señor Oklahoma, porque ahí había estudiado para subastador, en Oklahoma, USA. Su nombre verdadero era Kenta Yushimito, y su nombre occidental, Carlos Yushimito. Era un hombre de gran envergadura, elegancia y distinción; era el ejemplo vivo del comedimiento.

El pundonor que me caracteriza así como la lealtad a mi maestro y al oficio, no me permiten revelar los secretos del arte de la subasta. Pero una cosa de la Técnica Yushimito puedo explicar. Hay cuatro tipos de subastadores: circulares, elípticos, parabólicos e hiperbólicos. La estirpe del subastador está determinada, a su vez, por el valor relativo de la excentricidad (épsilon) de su método; es decir, el valor de la desviación de su sección cónica respecto de una circunferencia. La escala de valores es la siguiente:

La ϵ del método circular es igual a cero.

La ϵ del elíptico es mayor a cero pero menor a uno.

La ϵ del parabólico es igual a uno.

La ϵ del hiperbólico es mayor a uno.

Con el tiempo, yo desarrollé y agregué una categoría más a los métodos de subasta del maestro Oklahoma, aunque no la puse en práctica sino hasta muchos años después. Se trata de la subasta alegórica, cuya excentricidad (ϵ) es infinita y no depende de variables contingentes ni materiales. El método, por supuesto, está aprobado por él y tengo el honor de decir que incluso lo ha incorporado al corpus de teorías de su programa de estudios.

Durante nuestro primer encuentro, el maestro Oklahoma se sentó en una silla de peluquero frente a nosotros y, para demostrar el método parabólico —el primero que nos enseñó y el más interesante—, subastó un plátano. Lo subastó exitosamente, contando una historia breve y sencilla. Así nomás, un plátano. A pesar de que todos estábamos ahí, sentados frente a él con cuadernos y lápices en mano, enteramente conscientes de que éramos sus estudiantes y no un grupo de compradores de ningún tipo dado que ya habíamos pagado el precio exorbitante del curso, el maestro sacó un plátano maduro de

una bolsa Ziplock y nos trabajó el cerebro hasta que uno de nosotros, el Sr. Morato, sacó su cartera y pagó setecientos cincuenta pesos por la fruta.

Lo más importante en esta vida, decía el maestro Oklahoma al finalizar cada sesión, es tener un destino. Nos repasaba las caras con una mirada insondable y una sonrisa apenas dibujada. Después, contábamos hasta ocho en japonés, respirando hondo con los ojos cerrados, y la sesión había terminado. Nos despedíamos reverentemente de él y de nuestros colegas con una inclinación de cabeza.

Yo tenía un objetivo claro, un destino: me iba a volver un subastador para poder rehacerme los dientes, como el señor Samuel Pickwick con su libro. Me iba a rehacer los dientes, antes que nada, para poder dejar a la Flaca, que ya para siempre iba a ser una vil gorda. Y después, para casarme con otra —tal vez la Vane, la Vania, o la Vero, las tres estudiantes mejor hehecitas del curso.

La Flaca, además de gorda, era una abusadora represora. Me obligaba a hacer pipí sentado, para no salpicar; me mandaba a dormir en el sillón, porque roncaba; me tenía prohibido andar descalzo, porque los pies me sudaban y dejaba huellas en nuestro piso de duela laminada. Cuando se enojaba, me decía Gustavo o a veces hasta Gustapo o Gestapo. En mis noches de insomnio, yo visualizaba que la Vania me decía Rey; la Vane, Muñeco; la Vero, Tigre. Me daba vueltas en la cama, inquieto y acelerado —rey, muñeco, tigre—, pensando en mi flamante futuro como subastador; en mis futuros dientes.

*

Mi constancia, discreción y disciplina en el curso del maestro Yushimito me agenciaron una beca para tomar un curso de dos semanas de perfeccionamiento en la escuela de subastadores de Missouri, en Estados Unidos. La beca a Nueva York, la más codiciada, se la ganó el Sr. Morato, el del plátano. No le retengo rencores; yo creo que se la merecía.

El curso de Missouri no alcanzó mis expectativas porque se enfocaba en la subasta de ganado, pero valió la pena porque regresé de Los United hablando bastante inglés y hasta un poco de francés; palabra de honor. Además fue durante mi estancia en Missouri que concebí y desarrollé la teoría de mi técnica alegórica. La técnica es producto de mi genio, por supuesto, pero me inspiraron los sermones diarios de nuestro gran maestro subastador y cantante de country Leroy Van Dyke. Digo su nombre y me dan ganas de pararme y aplaudir.

El maestro Van Dyke había compuesto el himno de nuestro gremio, la canción «The Auctioneer», que cuenta la historia de un niño originario de Arkansas que quiere aprender a ser subastador y todos los días se pone a practicar en el establo de su granja, frente a sus animales. Entonces, cuando su padre y madre se dan cuenta de que tiene talento, lo mandan a la escuela de subastadores. Y luego viene el estribillo:

25 dollar bid it now, 30 dollar 30
Will you gimmie 30 make it 30
Bid it on a 30 dollar will you gimmie 30.
Who'll bid a 30 dollar bid?

Después del estribillo el niño ya es un adulto hecho y derecho. Es un subastador, un *auctioneer*. Y luego viene la parte que me saca lágrimas de emoción:

His fame spread out from shore to shore.
He had all he could do and more.
Had to buy a plane to get around.
Now he's the tops in all the land.
Now let's pause and give that man a hand.
He's the best of all the auctioneers.

Y luego se repite el estribillo.

Escuchando a Leroy Van Dyke cantar «The Auctioneer», que es además el tema principal de mi película favorita, *What*

Am I Bid?, encontré el aliento para desarrollar y perfeccionar los detalles conceptuales de mi técnica alegórica. Me había dado cuenta de que en mi profesión existía un hueco; me correspondía llenarlo. Ningún subastador, por diestra que tuviera la lengua para el canto trepidante de números, o por experto que fuera en la manipulación del valor emocional y comercial de las cosas, sabía decir nada acerca de sus objetos; porque no los entendía o porque no le importaban. Por fin comprendí la frase que el maestro Oklahoma había repetido con tristeza resignada y que yo iba a sepultar en el pasado remoto de la historia de la subasta con mi nuevo método: «Los subastadores somos meros heraldos asalariados entre el paraíso y el infierno de la oferta y la demanda». Qué heraldo ni qué heraldo. Carretera iba a reformar el arte de la subasta. Yo no era un vil vendedor de objetos sino, antes que nada, un amante y coleccionista de buenas historias. Fin de declaración.

*

Regresé de Los United listo para comerme al mundo y emprender el camino hacia mis nuevos dientes. Lo primero que hice fue organizar una subasta privada en la casa. Subasté todos nuestros muebles viejos a un precio que me permitió comprar muebles nuevos para mí, muebles para la Flaca, y con lo que sobró pude pagar el primer mes de renta de dos departamentos separados. No la volví a ver nunca, gracias a Dios, pero tampoco volví a ver a Ratzinger en muchos años.

Eso fue sólo el principio. Luego me casé con la Vero. Subasté coches en la Cuauhtémoc. Me divorcié y me casé con la Vania. Comencé a viajar más que los Rolling Stones. En los viajes, empecé a coleccionar objetos que compraba en subastas a precios bastante razonables. Me divorcié otra vez. Subasté antigüedades en Bratislava; bienes raíces en la Costa Azul; memorabilia en Tokio. Seguí subastando. Me casé con la Vane, me divorcié otra vez —y así, hasta que la próstata, etcétera, y ahí párale de contar mujeres, pero no subastas. Subasté

joyas, casas, arte antiguo, arte contemporáneo, vinos, ganado, bibliotecas, y vastos patrimonios incautados al narcotráfico. Subasté en Morton, Christie's, Sotheby's, Dorotheum, Tajan, Grisebach y Waddington's. Me forré, desfalcando millonarios con un golpe de martillo: se va, se va, y se fue.

Pero no soy ningún carcamán. Calculo que me pude haber comprado diez departamentos en Miami o en Nueva York, y sin embargo, decidí comprarme dos terrenotes, uno al lado de otro, en Ecatepec, en la hermosa calle Disneylandia; hay que invertir en bienes raíces nacionales. Creo que sumando los dos predios eran varias hectáreas, aunque nunca me he puesto a sumar porque tampoco soy mezquino.

En uno de los terrenos alcé una casa de tres pisos, cuidando de dejar las varillas para el cuarto. En el terreno de al lado, al que le dicen el «terreno colindante», puse un bodegón en donde fui guardando todos los objetos que coleccionaba en mis viajes por el mundo. Enfrente del bodegón, construí mi casa de subastas. Un día iba a construir un puente colgante que conectara los dos espacios; ya lo tenía diseñado. Luego iba a inaugurar públicamente la casa de subastas, en honor a mis maestros, como Casa Oklahoma-Van Dyke. Sólo faltaban unos acabados, unos detallitos, y que la municipalidad aprobara el uso de suelo.

*

No sería elegante de mi parte terminar de contar mi historia elaborando la lista de logros que mi arduo entrenamiento y, por qué no, natural talento para el canto de subastas, consiguieron tanto para mí como para mi comunidad. Sólo quiero dejar constancia biográfica por escrito de que fue durante un viaje de fin de semana en que tuve que ir a Miami a subastar carros, cuando llegó inesperadamente el día final de esa larga lucha contra la infamia en la cual nací y crecí.

Un domingo en la noche, después de haber recibido un cheque robusto por haber subastado exitosamente 37 trocas

pick-up, fui con algunos colegas a una subasta de memorabilia de contrabando que se organizaba en un cantabar de Little Havana. Mis colegas habían conocido a unas periodistas argentinas la noche anterior y habían quedado de verlas ahí. Me prometieron que valdría la pena. Yo, los domingos, no hago cochinas ni negocios, pero resolví acompañarlos nomás porque en mi cuarto de hotel no servía el aire acondicionado. Sólo por eso; palabra de honor.

Para mi tranquilidad, las cuatro periodistas que se aparecieron resultaron algo demacradas. Dios me había librado de esa tentación. También pensé, cuando empezó la subasta, que no habría tentaciones de comprar nada, pues la memorabilia que se estaba ofreciendo era a todas luces de quinta: un reloj de no sé qué político estadounidense, unos puros de no sé qué cubano millonario, las cartas de un escritor yo creo que desconocido, que viajó a Cuba en los años treinta. No iba en ánimo de tronarme mi cheque, pero sin decir agua va el dios de las pequeñas cosas puso delante de mí el paraíso. Y el paraíso es caro. Quién iba a decirlo: ahí nomás, en las honduras de la soledad dominguera de una subasta en Little Havana, los encontré, mis nuevos dientes.

En una cajita de vidrio, que el subastador sostenía en alto, reposaba a mi disposición la sagrada dentadura de la mismísima Marilyn Monroe. Así es, los dientes de la diva de Hollywood. Se veían amarillentos, añejados, y quizás un poco chuecos, yo creo que porque las divas fuman. Pero eso no importaba. Eran los dientes de la Marilyn. Hubo tensión y nerviosismo cuando el subastador hizo la primera oferta. Varias damas venidas a menos los codiciaron, incluyendo una de las periodistas argentinas. Un hombre gordo y pasado de moda desplegó vulgarmente unos fajos de billetes sobre su mesa periquera y se puso de pie para encenderse un puro, yo creo que para intimidarnos. Pero me obstiné y les gané: me llevé los dientes, mis dientes.

Fue tal la destreza que expuse para obtenerlos, que una de las periodistas argentinas —la más horripilante de las cuatro,

una mujer de cabellera tiesa de tan teñida y cachetes algo colgados— redactó una crónica de la subasta que hasta apareció en internet. Evidentemente envidiosa de mi logro, porque también quería mis dientes, hizo un reporte escueto y tergiversado. No me importó, hasta eso. Que con su pan se lo coma, pensé; total yo comería a partir de ese momento con los dientes de Marilyn Monroe.

En cuanto regresé a México, la dentadura de la Venus de la pantalla grande fue trasplantada a mi boca por un doctor finísimo, don Luis Felipe Fabre, dueño del mejor consultorio y depósito dental de la Ciudad de México, «Il Miglior Fabbro». Desde el momento en que salí de la operación y durante muchos meses, no pude dejar de sonreír. A todos les mostraba la carretera infinita de mi nueva sonrisa y, cuando pasaba frente a un espejo o junto a una vitrina callejera que reflejara mi imagen, me levantaba el sombrero caballerosamente y me sonreía a mí mismo. Mi cuerpo flaco y desgarrado, así como mi vida un poco ingrátida, habían adquirido un aplomo importante con mis nuevos dientes. Mi suerte no tenía parangón, mi vida era un poema, y estaba seguro de que alguien un día iba a escribir el hermoso relato de mi autobiografía dental. Fin de la historia.

«Soy el mejor cantador de subastas del mundo. Pero nadie lo sabe porque soy un hombre comedido. Me llamo Gustavo Sánchez Sánchez y me dicen, yo creo que de cariño, Carretera». Además de saber imitar a Janis Joplin, de ser capaz de poner en equilibrio un huevo de gallina en una mesa, o de saber contar hasta ocho en japonés, en su fulgurante trayectoria como cantador de subastas Carretera aparece como inventor del revolucionario «Método de las alegóricas», en el cual «no se subastaban objetos, sino las historias que les daban valor y significado».

Carretera no siempre fue este *showman* eminente. Antes de convertirse en subastador ejerció como vigilante en una fábrica de jugos durante muchos años, hasta que el ataque de pánico de una compañera de trabajo cambió su vida de manera irremediable. En el tránsito hacia su destino Carretera deberá enfrentarse a la ira de un hijo al que ha abandonado, llevar a cabo una subasta para ayudar a un cura a salvar su iglesia, y realizar a manera de gran *performance* final «La historia de mis Gustavos personales», una subasta alegórica.

La historia de mis dientes, segunda novela de Valeria Luiselli, revela una fascinante nueva dimensión en su escritura, y confirma su capacidad para generar atmósferas llenas de enigmas y de sutiles guiños en los que cada gesto está cargado de sentido. Con una destreza que muestra el dominio del lenguaje y una estructura atrevida y desfachatada, Luiselli retrata –a veces con humor, otras con ternura y unas más de manera despiadada– eso que llamamos «condición humana», al hacer confluír en sus personajes el peso de la historia con ese motor cotidiano que es el anhelo.

«Por modesta que sea, toda manifestación artística ha de tener algo de alucinación, de fuego en los ojos, de delirio. La obra de Valeria Luiselli, rebosante de humor y de horror, de sutiles coincidencias e inaudibles gritos, está llena de esa libertad, de ese fuego y de una inmensa promesa. Tremenda escritora. Y crecedera».

ROSA MONTERO, *El País*

«Un extraordinario nuevo talento literario».

The Telegraph